

III

La Esclava del Señor

Para comprender la vida interior de María, ante todo hay que estudiar su actitud para con Dios. Esto supera en importancia a todo lo demás. Esta es la clave de bóveda del edificio de su santidad y perfección. Todo lo demás no es más que medio, y debe servir a hacernos dar a Dios el lugar predominante que le corresponde.

Hay que notar que, cuando la Santísima Virgen tiene ocasión de definir y expresar su actitud para con Dios, no habla ni de filiación, ni de maternidad, ni de su condición de Esposa espiritual de Dios, de Cristo. Ella se declara su sierva, su humilde esclava: *«He aquí la esclava del Señor... Porque miró la pequeñez de su esclava»*.

María reconoció claramente que Dios lo es todo. Ningún hombre ni ángel, ningún filósofo ni sabio, ningún justo ni santo comprendieron como Ella que Dios lo es todo, y que la creatura no es nada. Él es el eterno Existente, el Ser infinito, la Perfección absoluta, la Plenitud de la vida, de la verdad, de la bondad y de la belleza. Comparado con El, todo lo demás es poca cosa, mínimo. Por lo tanto, es preciso que Él sea adorado, alabado, obedecido.

Además, si Dios es el solo Ser necesario que existe por Sí mismo, y la plenitud de la vida y de la perfección, todo lo demás viene de El —y la Santísima Virgen lo comprende—, y por ende también su existencia y su conservación en la vida, todas las facultades, potencias y riquezas naturales y sobrenaturales que hay en Ella: todo viene de El sin cesar, y todo le pertenece. Nadie lo vio tan bien como la Santísima Virgen: tal como Ella es, con todo lo que es de Ella y con lo que hay en Ella, proviene de Dios, y por tanto le pertenece totalmente. Ella es su total e inviolable propiedad. Y por eso Ella debe depender de Dios de manera radical y continua. Y no podría expresar mejor esta pertenencia fundamental y esta dependencia total de Dios que por

esta simple y profundísima frase: «*He aquí la esclava del Señor*», es decir, he aquí la total y eternamente Dependiente de Dios.

Sin duda que Ella es grande, y no puede ni debe ocultárselo a sí misma: «El todopoderoso ha hecho en Ella grandes cosas, y todas las generaciones la proclamarán bienaventurada». En Ella se han acumulado todos los tesoros de la naturaleza y de la gracia. Su cuerpo es una obra maestra de belleza, integridad y perfección. Su alma no será igualada jamás en riqueza de saber, en energía de voluntad, en poder de amor. Su alma, que permaneció limpia de la mancha original, se encuentra totalmente impregnada de la plenitud de la vida de Dios, y su santidad se eleva por encima de la de los hombres y ángeles, como las cumbres relumbrantes del Hermón superan a las montañas y colinas cercanas. Ella es Madre de Dios y entró en las más íntimas relaciones de familia con la adorable Trinidad. Ella es la Ayuda fiel de Cristo, Corredentora y Mediadora con Él, Madre de las almas, Adversaria victoriosa de Satanás, Reina de los hombres, Reina del cielo y de todo el reino de Dios. Sí, se han realizado en Ella grandes cosas, pero todas estas cosas las ha hecho el Todopoderoso... Todo eso no es más que una mirada de condescendencia, bondad y predilección, que Él se dignó echar sobre su humilde Esclava.

¡Qué profundamente penetrada se encuentra Ella de estas verdades!
¡Qué presentes las tiene continuamente a su espíritu! ¡De qué buena gana las proclama! ¡Y con qué predilección se reconoce ante El cómo lo que puede hallarse de más pequeño y de más humilde entre los hombres: «*He aquí la esclava del Señor*»!



El lema de San Luis María de Montfort, que traducía el fin último y supremo de su vida, era: ¡Solo Dios!

Este debe ser también el nuestro: por María a **solo Dios**.

Debemos convencernos profundamente, y recordarnos frecuentemente, de lo que es Dios, y de lo que nosotros somos ante El. Él es, y sólo El, el Ser inmenso, necesario, eterno, todopoderoso. Mientras que nosotros somos gusanos de tierra, miserables creaturas, despreciables átomos, nada por nosotros mismos.

En comparación con El no somos ni siquiera lo que la llama vacilante de una vela es enfrente de la luz deslumbradora del sol, lo que un grano de arena es junto a nuestras montañas gigantes, lo que una gota de agua es enfrente del océano.

Y ni siquiera somos una lucecita, un grano de arena y una gotita de agua por nosotros mismos, sino únicamente por El. Sin El no podemos subsistir la milésima fracción de segundo; sin El no podemos pronunciar una palabra, mover un dedo de la mano, formular el menor pensamiento; sólo «*en El vivimos, nos movemos y existimos*», dice el Apóstol San Pablo; todo, esencia y existencia, facultades y sentidos, bienes y acciones, nos viene de Él, en todo instante y sin cesar.

¡Qué pequeños e impotentes debemos reconocernos ante El! Dependemos de El totalmente y en todas las cosas. Y por eso le pertenecemos totalmente, somos su propiedad del modo más radical, con todo lo que somos y todo lo que tenemos. Según la expresión de San Pablo, somos realmente los «*servi Dei*», los esclavos de Dios, total y eternamente dependientes de Él, con la obligación de reconocer teórica y prácticamente esta sujeción, esta pertenencia; y eso es lo que queremos hacer fielmente y con amor.



También nosotros podemos repetir con la Santísima Virgen, en cierto sentido, que «se han hecho en nosotros grandes cosas».

Es algo grande ser un hombre, poseer un alma inmortal, y como instrumento del alma, un cuerpo maravillosa y espléndidamente organizado.

Participar de la vida misma de Dios por la gracia santificante, poder crecer sin cesar en esta vida, poder realizar actos en cierto modo divinos; encontrarse como sacerdote, como religioso, como cristiano privilegiado, en circunstancias particularmente favorables a la manifestación en actos y al desarrollo de esta vida divina, es sin lugar a dudas algo elevadísimo.

Todos nosotros hemos recibido talentos. Tenemos aptitudes especiales en tal o cual materia. Tal vez nos hemos aplicado a adquirir la virtud, la perfección. Tenemos méritos respecto de nuestra familia, de nuestra Congregación, de la Iglesia o de la sociedad. Pero todo eso es obra de Dios mucho más que nuestra. Todo esto viene de Dios, y por lo tanto es de Dios y a Él debe remontarse.

Un esclavo de amor debe evitar por encima de todo el orgullo, por el que o bien se sobrestima a sí mismo y desprecia a los demás, o bien (lo cual es mucho más grave) se atribuye a sí mismo lo que corresponde a Dios, a quien debe atribuirse en definitiva todo honor y toda gloria. Hay que volver siempre a la gran y grave expresión del Apóstol: *«¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo has recibido, ¿por qué te glorías como si no lo hubieses recibido?»*¹³.

Ninguna otra palabra, fuera de la de **esclavo**, indica tan clara y fuertemente nuestras relaciones de total pertenencia y de radical dependencia respecto de Dios. Por eso, al terminar estas consideraciones, repitamos humilde y amorosamente con nuestra

¹³ I Cor 4, 7.

divina Madre: «¡He aquí la esclava del Señor!»: ¡Aquí tienes Señor, a tu siervo, a tu sierva, a tu esclavo de amor!

En la Sagrada Escritura hay una palabra que el mismo Jesús repitió mil veces, y que a nosotros debe sernos muy querida y gustarnos repetir a menudo con profunda convicción y gran amor: «*Ego servus tuus et filius ancillæ tuæ*»: Yo soy tu esclavo y el hijo de tu Esclava¹⁴.

Señor, de buena gana reconozco mi dependencia total y mi pertenencia absoluta respecto de Ti. Concédeme la gracia de comprenderlo cada vez mejor y sobre todo de vivirlo más fielmente, según el ejemplo y con la ayuda de Aquella de quien tengo la dicha de ser su hijo.



¹⁴ Sal 115, 16.

IV

“Hágase en mí según Tu Palabra”

María comprendió que Dios es el Origen primero y la Causa primera de cuanto Ella es y de cuanto Ella tiene, de cuanto Ella puede o hace; y que así Él es el justísimo Propietario, y por consiguiente el Dueño y el Señor incontestado: «**Ego Dominus**» ... Él es quien debe mandar, dirigir, conducir. Porque Él es «**Dominus**», el Señor y Dueño, es preciso que Ella sea, también en la práctica, «**Ancilla**», sierva y esclava. Ese será su primer deber, su deber más profundo, radical y sagrado, pero al mismo tiempo un deber muy querido y amado: servir, obedecer, dejarse gobernar y dirigir: «*Hágase en mí según tu palabra*».

Es una de las pocas palabras pronunciadas, según la Escritura, por la Santísima Virgen; pero palabra tan profunda y santa, que ni hombre ni ángel alguno podrían sondear plenamente su riqueza, ni apreciar su valor.

En los gravísimos acontecimientos de la vida nos damos y nos revelamos tal como somos. Lo que la Santísima Virgen contesta a la más formidable propuesta que el Cielo haya hecho a creatura alguna, es la pura y sencillísima verdad, y traduce exactamente sus disposiciones de alma habituales y más íntimas. Es el grito espontáneo de un alma que se entrega tal como es. Con estas pocas palabras María escribió toda su vida: ¡la vida más rica y más llena que el mundo haya conocido jamás, condensada en algunas sílabas! Nunca podremos meditar lo suficiente esta palabra, ni grabarla con la suficiente profundidad en nuestras almas, ni traducirla lo suficiente en nuestra propia vida.



Hágase en mí según tu palabra... Ella escuchará siempre la palabra del Señor con atención y respeto; y se aplicará a cumplirla fiel, estricta y amorosamente.

Nuestra Madre será bienaventurada por haber concebido, dado a luz y alimentado al Hijo, al **Verbo** de Dios. Pero será aún más bienaventurada —como lo manifestará en una ocasión el mismo Jesús, aunque veladamente y con discreción encantadora— por haber escuchado la palabra de Dios, y por haberla recibido, conservado en su Corazón y traducido en sus acciones.

Hágase en mí según tu palabra... Con mil veces más de amor y fidelidad que el Salmista, que con tanta frecuencia canta la dicha y el gozo de la obediencia a los mandamientos y deseos del Señor, Ella se dejará conducir en todo instante por su voluntad y beneplácito. Ella es consciente, y esta conciencia se traduce continuamente en actos, de que no sólo Ella no tiene derecho de realizar la menor acción o de tomar la menor decisión contra la voluntad divina, sino que además Ella debe decidir u obrar únicamente porque tal es la voluntad o el deseo de Dios, y no porque tal es su atractivo o voluntad personal. Como para Jesús, «su alimento es hacer la voluntad del Padre». Ella no realizará ningún acto ni pronunciará ninguna palabra más que bajo la inspiración y dirección del Padre y de Aquel a quien Él envió.

Ella obedecerá a las grandes leyes naturales que Dios ha grabado en el corazón de cada hombre y que recordó en el Sinaí. Pero se someterá igualmente a todas las prescripciones pasajeras, a todas las prácticas complicadas, impuestas por el Señor a su pueblo, incluso cuando, según toda apariencia, Ella está dispensada de estas observancias, como por ejemplo del precepto de la purificación y de la visita anual al Templo de Jerusalén. Ella observará los preceptos importantes del Señor, pero será fiel también, con amor y celo, a la menor prescripción de la Ley o de la autoridad: como para Jesús, no quedará sin cumplirse ni el menor ápice de la Ley.

Ella hablará, obrará y vivirá en dependencia activa, profunda e incesante, de las leyes de Dios. Asimismo, con confianza sumamente filial y con abandono completo y ciego, lo dejará disponer de todo lo que es de Ella, aceptando con humilde y plena sumisión de amor todo lo que la vida le ofrece a Ella y a su único Tesoro, porque en todo esto Ella reconoce, adora y acoge la palabra y el benedíctico de Dios, su Señor y su Padre.



Hágase en mí según tu palabra... Y ¿qué importa el contenido de esta palabra? Ya traiga un mensaje de grandeza o de humillación, ya de felicidad o de tristeza, le basta saber que es la palabra de Dios y su santa voluntad, para acogerlo todo de buen corazón.

Esa palabra significa la dignidad infinita y la vertiginosa grandeza de la Maternidad divina, y la dicha inefable de llevar, alimentar y cuidar a Jesús, de vivir con Jesús, **su** Jesús, sin cesar, sin interrupción, durante treinta largos años: *¡Hágase en mí según tu palabra!*

Esta palabra comporta, también para Jesús, la extrema pobreza de Belén, la huida insensata y la dura permanencia en Egipto, la dulce soledad de Nazaret: *¡Hágase en mí según tu palabra!*

Esta palabra exige más tarde la partida y la larga ausencia del Amado, sus predicaciones y sus triunfos, pero también la incalificable ingratitud de las turbas, la hostilidad cruel e hipócrita de los príncipes del pueblo, la desconcertante nulidad de los discípulos: *¡Hágase en mí según tu palabra!*

Esta palabra significa la gloriosa entrada en Jerusalén, pero exige también las espantosas horas que transcurren del Jueves Santo al Domingo de la Resurrección, cuando el Sol de su vida, en el Calvario, se esconda y hunda en las tinieblas y en la noche, en medio de burlas

y blasfemias, y eso, aparentemente, para no volverse a levantar: *¡Hágase en mí según tu palabra!*

De repente esta palabra manda la radiante aurora de la Resurrección, la apoteosis espléndida de la Ascensión, el huracán divino y vivificante de Pentecostés; pero le pide también a Ella permanecer sola, sola en la tierra, durante veinte o treinta años más, para educar pacientemente y con mil trabajos a los hijos de Dios, para velar por la cuna de la Iglesia que acaba de nacer; y por fin, por fin, la ruptura de los lazos terrestres, el fin de las ataduras corporales, el vuelo hacia el Amado en las alas del amor, para sentarse y reinar por siempre con Él, sostener a las almas, llevar la lucha contra Satanás, establecer el reino de Dios, concebir, alimentar, hacer crecer y desarrollar el Cuerpo místico de Cristo hasta el último día de existencia del mundo. En todo eso, absolutamente en todo: *«Fiat mihi secundum verbum tuum!»*: *¡Hágase en mí según tu palabra!*

Y poco importa que esta palabra le sea transmitida, o esta voluntad manifestada, por una voz u otra, por tal o cual órgano: un Ángel radiante o su virginal Esposo, un emperador corrompido que se hace adorar como Dios o un rey judío, orgulloso y cruel; que sea consignada en la Ley de Moisés, que se bambolea y está a punto de acabar, o recogida de los labios de su único Jesús... Poco importa: es la palabra y la voluntad de Dios, y eso le basta. Humilde y sencillamente, en el silencio, con dicha o con resignación, pero en todas partes y en todo, Ella repite el lema de su vida: *¡Hágase en mí según tu palabra!*



¡Oh Madre! ¡Madre amadísima!, ¡enséñanos y ayúdanos a decir tu *fiat* de palabra y de obra, a repetirlo sin cesar con voluntad firme y con corazón resuelto!

Mil veces, por nuestra Consagración, hemos pronunciado tu «*Ecce ancilla Domini*». Pero desgraciadamente, por nuestra vida y nuestros actos, no hemos sabido proseguir con las palabras que son su ineluctable consecuencia: «*Fiat mihi secundum verbum tuum*».

Desde ahora, con dicha y también por amor, nos acordaremos de lo que somos, y no renegaremos de nuestra descendencia de la «*Ancilla Domini*».

¡Señor Tú eres mi Dueño y Soberano, porque eres mi Dios y Creador, de quien debo recibir a cada instante lo que soy y lo que hago! Pertenencia radical, dependencia total, sumisión incesante y llena de amor: tal es mi primer y más importante deber. Depender de Ti a cada instante y en todas las cosas es la actitud de alma elemental y esencial que se impone a mí para contigo. Así, no tengo derecho a formular un pensamiento, a esbozar un proyecto, a tomar una decisión, a realizar el menor acto, a decir la menor palabra, sino porque Tú lo quieres o permites, ¡oh Dios mío!, y no porque yo lo quiera o desee.

A ejemplo de mi divina Madre, quiero escuchar tu palabra y dejarme conducir en todo por tu voluntad.

Tu palabra, Señor, tal como la dijo Jesús, tu Hijo y el Hijo de María, y tal como quedó consignada en el santo Evangelio, o inscrita en nuestros santos Libros.

Tu palabra, Señor, tal como me es propuesta por tu Iglesia, transmitida por el Papa, los obispos y tus sacerdotes, tal como me es comunicada por toda autoridad legítima.

Tu palabra y tu voluntad, Señor, las reconoceré en todo lo que me rodea, en todo lo que me suceda, en todo lo que me presente la vida y en todo lo que me venga de los hombres, en el desencadenamiento de los elementos, en la rudeza o el encanto de las estaciones, en las

decepciones más amargas y en las alegrías más puras, en las cruces más pesadas y en las contrariedades de cada día, en los grandes acontecimientos que trastornan mi vida y en los minutos de que se compone cada uno de mis días: en todo eso escucharé tu palabra, reconoceré tu mano, respetaré tu voluntad y adoraré tu amor.

Reconoceré además tu palabra, muy preciosa esta vez, cuando el soplo de la gracia me la murmure al oído. ¡Ojalá me acuerde entonces de mi noble y santa esclavitud, y pliegue mi voluntad de nada ante la tuya omnipotente!

¡Señor mío y Dios mío!, a ejemplo de María, Madre tuya y mía, quiero estar totalmente entregado, humilde y sencillamente entregado, a las decisiones y disposiciones santísimas que tomes para conmigo. Cumpliré tu palabra y haré tu voluntad cuando correspondan a mis pequeñas miras humanas, o cuando coincidan con mi insignificante voluntad, o cuando satisfagan mi pobre corazón humano. Pero, como Ella, quiero decir y vivir también mi *fiat* en todo lo que me molesta o desagrada, me abate o me hiere, en todo lo que me mortifica, me quebranta o me anonada. Tú eres el Amo, yo soy el esclavo, tu esclavo por amor y por libre elección de voluntad: *¡Hágase en mí según tu palabra!*

Por su *fiat* María se convirtió en Madre de Dios, y se realizaron en Ella las grandes cosas que Dios le destinaba.

Gracias a una vida de dependencia completa, incesante, incondicional respecto de Dios por María, podrá realizarse sobre nosotros el plan de Dios; y nosotros podemos cumplir dignamente la misión que Él nos asigna, alcanzar el grado de vida divina al que nos llama, y dar la plena medida de apostolado fecundo que la infinita Bondad nos reserva.

V

“Mi alma glorifica al Señor”

Todo viene de Dios: lo que somos y lo que tenemos, lo que podemos y lo que hacemos. Y así, todo es de Él. Del modo más radical, Él es nuestro Señor y Dueño: «*Ego Dominus*». Por consiguiente, debemos vivir sin cesar en la dependencia activa y pasiva más absoluta para con El: hacer u omitir lo que Él manda o prohíbe, desea o desaconseja. Y, además, dejarlo disponer libremente de nosotros y de lo nuestro, y aceptar con amor sus divinas decisiones.

La Santísima Virgen comprendió y practicó todo esto del modo más perfecto. Como vimos en nuestro último capítulo, Ella lo manifiesta por su palabra de consentimiento al gran Mensaje que el Arcángel le trae en nombre de Dios: «*He aquí la esclava del Señor: hágase en mí según tu palabra*».



Pero si todo viene de Dios, y si por consiguiente Él es su soberano Señor y Dueño, todo debe ser también **para Dios**. No tengo derecho a cosechar verduras en la huerta de mi vecino, ni de recoger fruta en un árbol que pertenece a otros. «*Res fructificat Domino*», proclama el Derecho: cada cosa debe fructificar y aprovechar a su dueño, y a nadie más.

Todo viene de Dios, y así todo es para Dios. Todas las creaturas, en resumidas cuentas, tienen a Dios por fin. No su ventaja, ni su provecho, pues no podríamos aportarle ni aumentarle nada —Él es infinitamente perfecto—; sino su gloria, su glorificación. Dios no podría aniquilarse a Sí mismo, ni producir una creatura, o causar un acontecimiento, que no estuviesen orientados en definitiva a su gloria, que no estuviesen ordenados a ser una manifestación de su grandeza, de su belleza, de su amor; y el hecho de que las creaturas

razonables reconozcan y alaben esta manifestación de sus perfecciones, constituye su glorificación o su gloria externa.

Es cierto que las obras de Dios, también en el orden de la finalidad, están relacionadas y subordinadas unas a otras: Dios quiere este ser o este acontecimiento con miras a este otro ser, a este otro acontecimiento. Pero finalmente, también en este orden de cosas, todo debe remontarse hasta El; pues El, y sólo El, es el fin último y supremo de toda creatura.

Debemos reconocer y respetar este orden esencial e inmutable. Es cierto que podemos apuntar a fines más inmediatos y subordinados, pero nunca de modo que sea imposible orientar estos fines inferiores hacia Aquel que es la suprema razón de ser de todo lo que existe y de todo lo que sucede. Debemos vivir en la disposición habitual de reducirlo todo en última instancia a Dios como a nuestro Fin supremo, y la perfección exige que lo hagamos frecuentemente, del modo más formal y explícito.

En los peldaños de la escalera de nuestra vida pueden establecerse diversas creaturas y múltiples intereses; pero en el extremo de esta escalera no hay lugar sino para Dios, y solo Dios.

Aun el amor legítimo y bien entendido de nosotros mismos debe reducirse finalmente a Dios; el mismo deseo y esperanza de nuestra perfección y de nuestra felicidad personales deben ser llevados por este río de oro del amor divino, que finalmente **todo** lo arrastra hacia Él.



¡Qué admirablemente comprendió nuestra divina Madre estas relaciones esenciales de la creatura con el Creador! ¡Y cómo debe sonreír desde el cielo escuchando nuestros balbuceos de niño sobre este punto!

Un momento de su vida es particularmente instructivo, convincente y realmente revelador en este orden de cosas.

Hace pocos días, tal vez pocas horas, que se ha convertido en Madre de Dios. En un espíritu de caridad y de apostolado, Ella se arranca del atractivo casi irresistible de estar a solas con Él, y se pone en camino hacia un país montañoso. Después de un viaje largo y fatigoso, llega a casa de su santa prima, de edad ya avanzada. Ella, la Madre de Dios, saluda la primera. Su palabra obra al modo de un sacramento. Apenas la ha pronunciado cuando el futuro Precursor es purificado del pecado original y santificado en el seno de su madre, y con estremecimientos de alegría la hace partícipe de estas maravillas. La misma Isabel, al escuchar el saludo de María, queda llena del Espíritu Santo y exclama transportada: *«¡Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu seno! Y ¿de dónde a mí que la Madre de mi Señor venga a mí? Porque, apenas llegó a mis oídos la voz de tu saludo, saltó de gozo el niño en mi seno. ¡Bienaventurada tú que has creído!, porque se cumplirán las cosas que te fueron dichas de parte del Señor»*¹⁵.

Así habla Isabel, invadida y transportada como está por el Espíritu de Dios.

Jamás hijo alguno de los hombres recibió semejantes alabanzas.

Pero prestemos atención ahora a las siguientes palabras del Evangelio.

*«Y dijo María:
Glorifica mi alma al Señor,
y mi espíritu se alegra en Dios, mi Salvador,
porque ha puesto los ojos en la humildad de su esclava.*

¹⁵ Lc 1, 42-45.

Por eso desde ahora todas las generaciones me llamarán
bienaventurada,

porque ha hecho en mi favor maravillas
el Poderoso, cuyo nombre es Santo».

«**Dijo María**». ¡Qué sereno, sencillo, magnífico!

Isabel está fuera de sí misma por estas cosas grandes y divinas. María, al contrario, las lleva con una fortaleza tranquila, porque Ella lleva a Dios, y porque las cosas divinas son su atmósfera habitual.

María, para decir lo que va a decir, no tiene que hacerse violencia, ni reflexionar de manera especial, ni recogerse más que de costumbre. Lo que va a decir, o cantar si se quiere, es para Ella tan sencillo, tan evidente... De nuevo su alma se manifiesta y se traduce aquí con palabras tan bellas y tan ricas en su sencillez, que se las podría meditar durante toda una vida sin agotarlas, y de vivirlas nos conducirían, ellas solas, a la más elevada santidad.

Con la sencillez de un niño Ella pronuncia una de las profecías más admirables y formidables que jamás hayan pronunciado los labios humanos. Es una pequeña doncella judía, completamente ignorada, de 15 o 16 años, la que en una modesta morada de una aldea desconocida de Judea se atreve a declarar —y los siglos venideros tendrán que darle la razón—: «Desde ahora todas las generaciones me llamarán bienaventurada, porque ha hecho en mi favor maravillas el Poderoso, cuyo nombre es Santo».

Es la verdad más pura, la realidad más incontestable. Pero, y es aquí donde se manifiesta la verdadera humildad, esta grandeza que da vértigo proviene de Dios, es una mirada de condescendencia y amor de Aquel que se fijó en «la pequeñez de su esclava», y por eso: «Mi alma glorifica al Señor» ... Mi alma engrandece al Señor, se alegra y se regocija en El... Ella querría hacerlo más grande de lo que es, pero no puede: pues, afortunadamente, a causa de la infinitud de Dios, es

impotente para hacerlo; pero quiere sumarle todo lo que una creatura puede darle, a saber: la amorosa gratitud por sus beneficios, la jubilosa afirmación de que Él es la fuente de todo lo grande, bueno y hermoso; quiere alabar, celebrar, darle honor y gloria con todas sus fuerzas...

Hay escritores espirituales que afirman que María repitió frecuentemente su **Magnificat**, especialmente más tarde, después de la sagrada Comunión. De muy buena gana lo creemos. Pero lo que más cuenta y es totalmente cierto, es que su vida fue un Magnificat ininterrumpido, esto es, una glorificación incesante y perfectísima de Dios; que Ella no obró nunca para agradar a las creaturas, que no se buscó nunca a sí misma en un egoísmo que se repliega sobre sí, que Ella no se complació nunca vanidosamente en su grandeza y santidad; que cada pensamiento, cada palabra y cada acción suya eran orientadas del modo más formal hacia Dios; y que cada instante de su vida fue un cántico de alabanza que subía hacia el Altísimo, un sacrificio de buen olor que se exhalaba desde el incensario precioso de su Corazón amantísimo. ¡Con qué acento santamente apasionado no debió repetir Ella frecuentemente ciertas expresiones del Salmista, como por ejemplo la siguiente: «Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam»: No para nosotros, Señor, no para nosotros, sino para vuestro nombre sea toda la gloria¹⁶. Ella fue el Eco fiel del alma de Jesús, que exclamaba: «Yo no busco mi gloria, sino la del Padre que me ha enviado»¹⁷. Y en el momento en que van a romperse los lazos que lo atan a este mundo, Ella puede repetir con

¹⁶ Sal 113, 9.

¹⁷ Jn 5, 30; 8, 50.

toda verdad las palabras de su Hijo: «Padre, Yo te he glorificado en la tierra, llevando a cabo la obra que me encomendaste realizar»¹⁸.



Así debe vivir, a ejemplo de Jesús y de María, quien ha comprendido lo que es Dios respecto de él. Así debe vivir un verdadero cristiano, un auténtico devoto de María. Así debe vivir muy especialmente el esclavo de amor de Nuestra Señora, que se ha consagrado totalmente a Ella.

Nuestro Padre, San Luis María de Montfort, nos recuerda esta obligación: «*Es menester hacer todas las acciones... por la gloria de Dios como fin último. Esta alma, en todo lo que hace, debe renunciar a su amor propio, que se pone casi siempre como fin de manera imperceptible...*»¹⁹.

Quien así habla penetró hasta las profundidades más secretas del alma humana. Es demasiado cierto que, sin un esfuerzo serio y constante, nos ponemos siempre a nosotros mismos como fin de nuestras acciones. Algunas personas superficiales podrán juzgar exagerada esta afirmación: y es que lo hacemos de **manera imperceptible**, como precisamente lo afirma nuestro Padre. ¡Cuántas veces obramos por indolencia o por pereza, por sensualidad, vanidad o atractivo natural, para atraer sobre nosotros la atención de los hombres, obtener su aprobación o recoger sus alabanzas; y nos imaginamos y hacemos creer que estamos obrando por motivos puros y elevados!

Por eso, ante todo, debemos ser leales, rectos, amigos de la verdad, y saber reconocer como tales las acciones defectuosas, manchadas por la vanidad y por la búsqueda del yo. Debemos escrutar con el

¹⁸ Jn 17, 4.

¹⁹ El Secreto de María n. 49.

despiadado proyector del examen de conciencia los recodos más secretos de nuestra conciencia. Y para desterrar de nuestra vida estas ilusiones trágicas, esta sobrestima fatal de nosotros mismos, tenemos —gracias a Dios— nuestro precioso secreto mariano mismo, al que el Padre de Montfort le asigna entre otros, como uno de sus «efectos maravillosos», el conocimiento y el desprecio de sí mismo²⁰.

Orientemos luego con valentía y perseverancia toda nuestra vida y cada ápice de esta vida hacia Dios, a fin de buscar y cumplir en todo y a través de todo, especialmente por nuestra santificación y felicidad eterna, la glorificación suprema de Dios.

Es el precepto de San Pablo, a quien debemos estar agradecidos de habernos indicado que podemos apuntar a esta gloria y alcanzarla por nuestras humildes acciones: *«Ya comáis, ya bebáis o hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para gloria de Dios»*²¹.

La «verdadera Devoción» a la Santísima Virgen no es un obstáculo para esto, sino al contrario un excelente medio. Vivimos, como nos lo recuerda nuestro Padre, para provecho y gloria de María como fin próximo, pero para gloria de Dios como fin último. En otras palabras, vivimos y obramos **por las intenciones de la Santísima Virgen**, que apuntan siempre, y del modo más perfecto, a la mayor gloria de Dios.

San Luis María de Montfort adelanta a este propósito una de sus afirmaciones más audaces —que por otra parte prueba—: *«Por esta práctica, observada con entera fidelidad, darás a Jesucristo más*

²⁰ Cfr. Tratado de la Verdadera Devoción n. 213.

²¹ I Cor, 10 31.

gloria en un mes de vida, que por cualquiera otra, aunque más difícil, en varios años»²².

No hay motivo más poderoso para practicar la santa esclavitud de amor que la certeza de que, de este modo, nuestra vida será un Magnificat espléndido e incesante, aprendido de María y cantado juntamente con nosotros por Aquella que es la incomparable Artista y Cantora de las grandezas divinas.



Moreno José, 1662, "La Visitación", óleo sobre tela, Museo de Burgos, España.

²² Tratado de la Verdadera Devoción n. 222.